

## EL AGUA ES BONITA Y ALEGRE <sup>1</sup>

MARGARITA RIBER, S.M.R.

Con una exclamación de gozo y de sentimiento estético, saltan al mundo de lengua española estas catequesis para subdotados. Para nosotros, los cristianos, es hermosa la fe, la economía sacramental... A través de signos tomados de nuestra materia —agua, pan, vino, aceite...— Dios viene a nosotros y se nos manifiesta. Es la alegría del bautismo. El gozo del hijo pequeño que dice a papá: «Qué bien lo haces todo; te encuentro siempre».

Esta alegría es la que sienten nuestros niños. Lo vemos en estas catequesis nacidas de la vida y que conducen a la vida. Están destinadas a subnormales, y pueden acomodarse muy bien para niños de cuatro a nueve años.

Los que tenemos el privilegio de educar en la fe a los subnormales, recogemos de ellos tesoros, que ya nuestro mundo tecnificado y en carrera acelerada de eficacia y dominio ha dejado caer. Es triste la condición humana de verse obligada a olvidar ciertos valores para poder dirigir su atención a otros que tal vez sean secundarios.

La sensibilidad por lo primario, base de toda obra y progreso humano —piedra, colores, flores, luz, agua, cielo, amor ingenuo— se encuentra virgen en nuestros niños. Ellos nos invitan a gozar nuevamente de todos estos dones de que tan prodigiosamente sembró Dios el mundo. La prisa, el ansia utilitaria de nuestra

1. C. FERRER - G. GONZALEZ - E. RAMOS, *El agua es bonita y alegre*. Iniciación sacramental. Ed. Bruño, Madrid, 1969.

civilización a veces nos impide el detenernos sobre todo. ¿Y sin embargo, no es lo fundamental? Se puede concebir un mundo sin televisión, sin quinielas, sin autopistas, sin negociados oficiales; pero no podemos concebir un mundo sin luz, sin plantas, sin peces, sin agua, sin esperanza.

Sorprende la apertura que tienen los subnormales por lo religioso. No caen en el defecto, tan frecuente en los «adultos», de considerarlo como utilidad o tapagujeros. Lo miran como don que se goza, como hermosura que atrae y a la vez llena de temor: Dios es Padre y Señor; Jesús es nuestro hermano y el Rey que vendrá. Su vivencia cristiana tan sincera y profunda demuestra que la experiencia religiosa es algo tan unido al «yo» que implica la totalidad de la persona. La experiencia religiosa es la profundidad que actúa en el nivel más profundo del hombre.

Y porque la religiosidad es lo más íntimo, sus expresiones trascienden la racionalidad. Se sitúan en ese estrato en que uno no se rige sólo por la lógica de la razón, sino por la lógica del corazón, por la lógica trascendente del amor. Tal es el lenguaje de la Biblia: Dios mira el corazón del hombre. No mira su inteligencia, no mira su eficacia; mira la sinceridad de su ser, la transparencia de sus deseos.

Uno de los mayores genios del cristianismo dice esta frase iluminada: «El corazón tiene razones que no conoce la razón. Se comprueba en mil cosas... El corazón es el que siente a Dios, y no la razón. La fe no es más que esto: Dios experimentado en el corazón, y no sólo en la razón» (Pascal, *Pensées*, 277-278).

La capacidad por la experiencia religiosa de todos los hombres proclama que el cristianismo es un don del Padre de las misericordias: «Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn., 3, 16). No lo hemos merecido, al contrario, y se nos ha dado. Dios se nos da en Jesucristo, se nos da en la Iglesia.

Por eso la acción cristiana no puede ser un intento ávido y arrogante por llegar a Dios, sino una apertura existencial a la vida de Dios: una responsabilidad ineludible —por ser personal— frente a este amor. Dios es el que se da y el que espera. El recibirlo plenamente es ya responder, porque es confiar, es creer. «El agua es bonita y alegre». En una palabra, gozar de sus designios, de sus disposiciones: vida, Iglesia, sacramentos, amor a los hombres, gozo de la naturaleza, sonreír, esperar. Nada más.

Pocos gozos comparables hay al que tiene el educador de la

fe, cuando en contacto con niños subnormales percibe su afinidad para los signos y símbolos. Las realidades sacramentarias son algo vivo para ellos. Dios es fuego y es luz. ¿Cabe algo más profundo, más hermoso y... más exacto? De ahí la finísima sensibilidad que muestran para las hierofanias. Ellos sienten en el fondo de su ser que lo profano no es algo contrapuesto a lo sagrado; la hierofania los junta sencilla y lúcidamente: Dios se me manifiesta aquí, en este goce, en esta tristeza, en este hermano, en este agua que corre por la tierra y por mi frente, lo descubro. Gozo. Es mi Padre. Paso la vida descubriendo a Dios, gozando.

Asistimos a un amanecer lleno de esperanza: nuestra sociedad se va haciendo más sensible a percibir los valores pluridimensionales de la persona. La persona es un bien en sí; este bien trasciende toda realización y eficacia posible. Por el hecho de estar yo frente a otro quedo enriquecido y afirmado, porque me dice: «Tú eres porque me miras y me amas. Yo enriquezco tu ser. Siempre te comunico un mensaje».

Todo esto ha traído como fruto el interés por los subnormales. Y lo bueno es que este interés no es un sentimentalismo recortado por las fronteras de la compasión o del mero proteccionismo. Es un interés contemplativo frente a un misterio sagrado. Nuestro amor poco a poco va descubriendo los valores profundos de la persona cuando ésta se encuentra sólo con la desnudez de su afirmación existencial y de su espera. Nosotros, en los subnormales, aprendemos a amar y a gozar. Ellos son testigos cualificados de que la vida cristiana es un don absoluto para todo hombre. «Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn., 4, 11).